

Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 15

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: 2023

© De los textos de Francisco Ayala: Elizabeth Carolyn Richmond de Ayala

© Del estudio preliminar: José-Carlos Mainer

© Fundación Francisco Ayala / Editorial Universidad de Granada

ISBN: 978-84-338-7268-5

Depósito Legal: GR 1624-2023

Diseño de la colección: Juan Vida

Fotocomposición e impresión: Imprenta del Arco, Granada

Impreso en España / Printed in Spain

Las estrategias del prologuista

*13 prólogos
de Francisco Ayala
a su obra*

Estudio preliminar de
José-Carlos Mainer

Fundación Francisco Ayala
Editorial Universidad de Granada

2023

Índice

Francisco Ayala en sus prólogos: retratos y avisos, por José-Carlos Mainer	9
13 prólogos de Francisco Ayala a su obra	
<i>Confrontaciones</i>	35
<i>Cazador en el alba</i>	43
<i>La cabeza del cordero</i>	47
<i>Cuentos</i>	59
<i>El tiempo y yo, o El mundo a la espalda</i>	65
<i>El problema del liberalismo</i>	69
<i>Razón del mundo</i>	73
<i>La invención del Quijote</i>	77
<i>Los usurpadores</i>	83
<i>El rapto</i>	93
<i>Las plumas del fénix</i>	103
<i>El escritor en su siglo</i>	107
<i>De mis pasos en la tierra</i>	119
Dos prólogos de Cervantes y Unamuno	
<i>El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha</i>	127
<i>Niebla</i>	135

Francisco Ayala en sus prólogos: retratos y avisos*

José-Carlos Mainer

En un ensayo de título feliz, Gérard Genette ha recordado la importancia de la «instance préfacielle» en la organización de un libro.¹ El umbral es, por supuesto, un lugar físico singular: es un espacio de tránsito y una frontera muy permeable entre lo exterior y lo interno, entre el mundo de un lector todavía potencial y de un autor que todavía no ha ejercido su *auctoritas* (aunque el prólogo suele escribirse después de concluido el texto íntegro, claro...). Muy a menudo, el prólogo prolonga el discurso previo del escritor –el establecido por sus libros anteriores–, pero tampoco es infrecuente que corresponda ya al que se está gestando en sus proyectos de futuro. Tiene, por último, mucho de personal, de marca individual de un territorio propio que el lector va a recorrer como invitado, pero, a la vez, suele tener no poco de maniobra mercantil que quiere garantizar al hipotético consumidor que va a entrar en

* Publicado originalmente en *Prosa y poesía. Homenaje a Gonzalo Sobejano*, Madrid, Gredos, 2001, págs. 241-254.

1. Gérard Genette, *Seuils*, París, Seuil, 1987, págs. 150-270. En la bibliografía española sobre el tema destaca un título de Alberto Porqueras Mayo que Genette cita con aprecio y que es una de las notables piezas de los estudios estilísticos españoles de su tiempo: *El prólogo como género literario. Su estudio en el Siglo de Oro español*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1957.

dominios que serán en adelante de su propiedad y satisfacción. Como Genette apunta, ya de modo más concreto, un prefacio sirve para afirmar la novedad de un texto, su unidad interna –a despecho de la dispersión aparente de su contenido– y su *veracidad*, ya que la *verdad* no suele ser cosa que pueda pretender la literatura. Informa al lector de la génesis del libro, comenta el alcance de su título, explicita el «contrato de ficción» que establece, lo sitúa en relación con el contexto histórico que comparte con sus destinatarios y aclara, en fin, el porqué del género elegido.

Como en seguida tendremos oportunidad de ver, los numerosos prólogos de Francisco Ayala a sus obras –muy pocas son las que no los tienen– cumplen a plena satisfacción todas las previsiones del crítico francés. Los prefacios a los relatos de *La cabeza del cordero* y *Los usurpadores* (ambos en 1949) son ejemplos perfectos de cómo ilustrar la unidad simbólica de volúmenes solo aparentemente heterogéneos. Un prólogo como el de *Confrontaciones* (1972) –miscelánea de entrevistas, testimonios y artículos– y el de *Mis páginas mejores* (1965) son muestras de certificaciones de veracidad: la literatura aparece allí como fruto genuino de la experiencia vital. Cualquiera de las introducciones a los libros de narraciones de 1949, ya citados, son muestra de explicación genética de su contenido y *Los usurpadores* expone muy bien la sintética intención de su título. El episodio que actúa como umbral prologal de *El rapto* (1965) emplaza de maravilla un peculiar «contrato de ficción» muy típico de Ayala: la mezcla inextricable de experiencia personal y creación literaria que sigue, en la que subyace –sin explicitarse– una experiencia de lector.² Los dife-

2. La «Introducción» –impresa en cursiva para subrayar su marginalidad respecto al texto narrativo– está contada en primera persona por un autor que, a todos los efectos, apunta al propio Ayala: exiliado español en América y profesor de sociología, ha acudido a Münster para un congreso sobre el desarrollo

rentes prefacios a los libros sociológicos (pienso en *Razón del mundo*, 1944, y su prólogo de 1962) se detienen con eficacia a clarificar el contexto histórico del que surgieron, mientras que las notas que anteceden a los volúmenes que compilan trabajos de crítica literaria (*Las plumas del fénix*, 1989) suelen ser ámbitos de aguda reflexión sobre los motivos de la elección del género literario, especialmente en lo que toca a lo narrativo.

Pero la «instance préfacielle» no es solamente una activa oficina de información colocada a la entrada de un libro. Forma parte del juego literario y se complace también en rebotar sobre el sentido de este. No es el autor el único en hacer trampa: si él suele escribir su prólogo a la vista de un libro que ya ha escrito, también el lector vuelve al prefacio después de la lectura porque sabe que entonces entenderá mejor las advertencias o las alusiones, las anticipaciones, los guiños, las pistas falsas o las ocultaciones que el prólogo incluía. El prefacio es como una segunda oportunidad de la autoría que se ejerce

en Latinoamérica y con una punzante curiosidad por el reciente y llamativo fenómeno de la emigración de trabajadores españoles a Europa. Su curiosidad queda satisfecha cuando, en el viaje de regreso, coincide en el tren con algunos de ellos y la conversación surge tan espontánea como ilustrativa. Precisamente, el momento más revelador –y final de su relato– para el narrador sucede cuando comprueba lo lejana que está para sus interlocutores la guerra civil que fue el origen de su apartamiento (antes, en el ayuntamiento de la ciudad ha tenido otra significativa experiencia «histórica»: los velones que lo alumbran le han hecho pensar que «estuviéramos velando el cadáver del Imperio español» en el mismo lugar donde se firmó la paz de Westfalia). Pero de ahí se salta abruptamente a una historia de emigrantes españoles en torno a un pleito de honor que, como señalaron en su día Alberto Sánchez, Rosario Hiriart y Keith Ellis, utiliza –sin mentar la fuente– la trama de la historia de los cabreros (*Quijote*, I, LI). Sobre la importancia de los prólogos en la economía de la comunicación de Ayala llamé ya la atención en el estudio preliminar de mi edición de *Muertes de perro*, Barcelona, Vicens-Vives, 1993, págs. IX-XLIV (especialmente, X-XII).

con plenitud cuando se prologa una nueva edición, pero que tampoco es forzosamente ajena a la autoría de estreno. Y tiene mucho de envite donde se establecen las pautas del juego más grande que seguirá, o donde se ratifica quién es, a fin de cuentas, el que reparte la suerte.

Las estrategias del prologuista: Cervantes, Unamuno, Ayala

Francisco Ayala, que es un prologuista consumado y muy consciente de todas estas posibilidades, conoce muy bien sus antecedentes españoles. Cervantes ha sido, sin duda, el mejor de nuestros prologuistas y, en un artículo hermosísimo, Américo Castro vio cómo en nuestros prefacios el «artista se adentra en sí mismo, con heroicidad no menor que la de un Montaigne o un Descartes al recluirse en la torre o estufa de sus pensamientos. Ciertamente Cervantes no lo hizo para discurrir filosóficamente, sino para organizar sus imaginaciones e ironías, y la actitud frente al mundo implícita en ellas», en lo que alcanza a «ostentar una firmeza próxima a la arrogancia». ³ Sorprende, sin embargo, comprobar la torpeza del prólogo de la *Primera parte de la Galatea* (1585), enderezado a los «curiosos lectores», donde la justificación y defensa de «escribir églogas» se mezcla con los tópicos más manidos acerca de un primer libro que no es nada precoz. Porque veinte años después, ¡qué distinto el prólogo al *Quijote* de 1605 que se atreve ya con un concreto «desocupado lector», para envolverle entre bromas la obligada *captatio benevolentiae* a propósito

3. «Los prólogos al *Quijote*», *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1960, págs. 232-323.